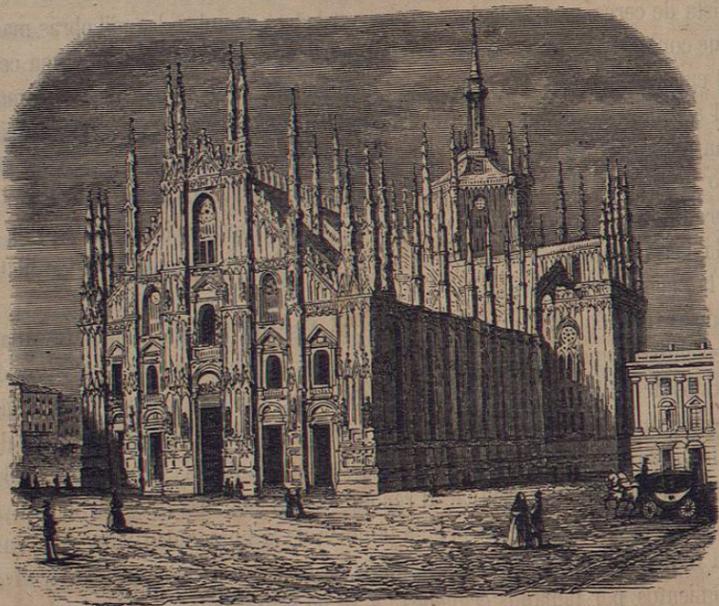


córte de Milan. De buena gana quisiera yo saber quién era este embajador. En el interior del arco de la portada se lee la siguiente dedicatoria:

MARIE VIRGINI, MATRI, FILIE, SPONSA DEI.
(A la Virgen María, Madre, Hija y Esposa de Dios.)

El interior del templo no puede describirse.—Yo no acierto á decidir qué es mas notable en él, si el gusto ó si la riqueza; si las líneas generales ó la orna-



Catedral de Milan.

mentacion; si el primor de los accidentes considerados en sí, ó el armonioso aspecto de su conjunto.—Os diré, pues, únicamente, á fin de que vuestra imaginacion conozca siquiera el espacio que ha de poblar con sus mas bellas creaciones, que la iglesia tiene la forma de cruz latina y se divide en tres naves, además de las dos que forman los brazos de la cruz. Todas las bóvedas son azules con estrellas de oro. La arquitectura recuerda mucho el gótico, sin serlo precisamente. Diríase que es un gótico *italianizado*, mas amplio, mas regular, mas simétrico, mas sólido que el de España y el del Norte. En la base ó arranque de aquella bóveda, que semeja un cielo, véense grandes frescos del Borgognone, representando patriarcas, santos y profetas. Siete capillas, separadas de la nave central por verjas de bronce y hierro y que se comunican entre sí, constituyen cada nave lateral. Cualquiera de estas capillas pasaria en otra parte por un portento. Durante trescientos años, una dinastía de artistas (la familia Sacchi) ha

tenido vinculado el encargo de adornarlas, y son innumerables los mosaicos, las estatuas y los bajo-relieves de gran mérito que han acumulado allí una y otra generacion. Añádase á esto una soberbia coleccion de cuadros del mismo Borgognone y del maestro del divino Rafael, del sublime Perugino (estos cuadros del Perugino son copias: los originales han sido robados por los conquistadores ó vendidos por los religiosos en épocas de tribulacion); revestid los altares de ricos mármoles, de enormes malaquitas, de pórfido, de alabastro oriental, de serpentina y de piedras aun mas preciosas; imaginaos las verjas, de una riqueza



El Arco de la Paz, en Milan.

y de un gusto artístico que esceden á toda ponderacion; salid á la nave central y ved los monumentales candelabros del célebre Fontana; las puertas de concha, nácar, marfil, plata y ébano; los magistrales vidrios de colores; la sillería del coro, riquísimo museo de escultura en madera; figuraos, en fin, la alta y elegante cúpula, en que Casolani di Sienna ha pintado al fresco el *Apocalipsis*, con una notable fuerza de fantasia y de colorido, y aun no tendreis idea de todo lo que la paciencia, el saber, la devocion, el arte y la opulencia han reunido en aquella iglesia solitaria.

Réstame hablar, como de una de sus obras mas acabadas y sublimes, de la capilla mortuoria de Juan Galeazzo, situada en la nave trasversal de la derecha.—Los religiosos, agradecidos al fundador de tan suntuosa iglesia y rico monasterio, no han escaseado medio alguno de embellecer y realzar el mausoleo de

Visconti.—Cincuenta ó sesenta años emplearon varios insignes artistas en esculpir su sepulcro, que es una especie de retablo, del mas delicado estilo plateresco, en el que la piedra ha llegado, bajo el cincel del genio, á conmoverse, á sentir, á palpar, á idealizarse, á hablar de tal modo, que parece haber desaparecido la primitiva materia de aquella obra milagrosa, para convertirse en flores, ángeles, marciales atributos y seres animados. Allí se ven dos grandes bajo-relieves, que representan escenas de la vida de Galeazzo; una hermosa estatua de la Virgen, coronando el altar, ó sea el segundo cuerpo del sepulcro; y en la parte inferior, detrás de dos elegantes arcos, encuéntrase la urna cineraria, de noble y severo corte; sobre la cual yace la estatua del poderoso duque, custodiada por dos magníficos genios, que son, si no me engaño, la *Fama* y la *Victoria*.

¡Y ved lo que son las cosas humanas!—Juan Galeazzo Visconti dispuso en su testamento que su corazón fuese trasladado á Vienne, en el Delfinado; que sus entrañas se sepultasen en la catedral de Santiago de Galicia, y que sus huesos fuesen conservados en la iglesia de la Cartuja, en el lugar donde se levanta el fúnebre monumento que he descrito. Ahora bien; mientras este se construía, los religiosos depositaron en otra parte los restos de su protector; mas hé aquí que una vez terminado el mausoleo, nadie pudo acordarse del sitio en que habían enterrado provisionalmente á Visconti.—La suntuosa urna de que hemos hablado, está por consiguiente vacía.

Es decir, que aquel hombre que había erigido dos de los templos mas hermosos de la cristiandad; aquel hombre que había fundado un monasterio, ricamente dotado, para que fuese su perpetuo albacea y prosiguiese la obra de reconciliarle con Dios; aquel hombre que murió convencido de que sus restos dormirían el sueño eterno en un magnífico sepulcro y á los piés de su abogada la Virgen María; aquel hombre, en fin, á cuyas cenizas hubieran tributado los cartujos, durante siglos y siglos, todo linaje de exequias y de honores, yace en ignorada sepultura, sin que una cruz preste sombra á sus despojos mortales, sin que una oracion, una flor ni una lágrima haya purificado la olvidada tierra que tragó ansiosa al parricida, al asesino, al usurpador, al tirano.—Diríase que Dios no había querido admitir al réprobo en su santa casa! Ni faltaria quien creyera, en aquellos tiempos supersticiosos, que el diablo se había llevado el cuerpo de Visconti á los profundos infiernos, no contento ni pagado con tener allí su alma.—De cualquier manera, el lance es sumamente cómico, y yo me he reído mucho al saberlo de boca del sacristan, que acabó tambien por reirse.—La iglesia ha sido siempre democrática en sus relaciones con los reyes.

El monumento de Juan Galeazzo recibe luz de una alta ventana, en cuyos vidrios se ve pintado, por cierto magistralmente, un colosal retrato de San Gregorio el Grande.—¿Qué hace allí el austero y noble Pontífice, interpuesto entre el cielo y el mausoleo de Visconti?—¿Es un mediador ó es un anatema? ¿Defiende al arrepentido, ó acusa al hipócrita que pretendió engañar al cielo? ¿Acepta la Cartuja, ó la rechaza?—¿Quién lo sabe!

Desde la iglesia he pasado al monasterio, que es vastísimo.

El *claustro grande*, en torno del cual se encuentran las celdas de los religiosos, tiene 125 metros de largo por 102 de ancho. Su arquitectura es severa y magestuosa.

Pero al penetrar en aquellos sitios, yo no he pensado ya en las artes, sino en los cartujos. Una honda paz, nunca sentida, se ha apoderado de mi espíritu. Reinaba un silencio perenne, sublime, deleitoso. La luz del sol se esparcía alborozada por tanta soledad. Unicamente las aves, que cruzaban el alto cielo y pasaban inadvertidamente sobre el patio, daban señal de la vida del mundo y del mundo de la vida.

Todas las celdas estaban cerradas.

Eran veinte y cuatro, sin contar la del prior.

Algunas se encontraban vacías, ó sea habitadas por el cadáver del último cartujo que vivió en ellas.

En estó se abrió una, y apareció un monge.

Yo me estremecí involuntariamente, creyendo ver un resucitado.

—Es el padre Ludovico, me dijo al oído el sacristan. Va á la celda del prior.

Nosotros nos habíamos parado.

El religioso avanzaba con los ojos clavados en el suelo.

Al pasar por delante de mí, bajó aun mas la cabeza y se levantó un poco la capucha.

Era un hombre alto, moreno, demacrado, bastante joven...—Yo creo que no tendria treinta años.—Llevaba afeitada la cabeza, y vestía un sayo blanco de lana, ceñido á la cintura con una correa negra.—Si yo hubiera visto sus ojos, podría deciros algo de su historia... Pero como no se los ví, ni aun adivinarla me es dado.

Después entramos en una celda vacía—Su último morador se murió hace dos meses.

—¿Era viejo? le preguntó al sacristan.

—Tendria cuarenta años.

La celda, ó por mejor decir, la casa de cada cartujo, se compone de dos pisos y un pequeño jardín.

El piso bajo comprende una habitacion con chimenea de campana, y un cuartito para leña.

El jardín de la celda que yo veía, habria tenido flores... Pero sus secas matas estaban ya por tierra.

En un rincón habia un pozo, cuyo ocioso acetre y reposadas aguas me llenaron de melancolía.

No lejos se adivinaba el lugar de la sepultura, abierta mil veces por el monje que allí habia vivido, y cerrada la última vez por sus compañeros.

En el piso alto habia dos aposentos, uno de ellos con chimenea.

Un jergón de paja que vi tendido en el suelo, habia servido mucho tiempo de cama al solitario.

Allí se acostó con sus pensamientos; allí se revolvió con sus dolores; allí soñó tal vez con su pasado.

Sobre una pobre mesa se veían un crucifijo, una calavera, un tosco recado de escribir y un rosario.

Completaban el ajuar una silla, una alhacena con algunos libros, una pila de agua bendita y una palmatoria.

En el otro aposento había algunas tablas y un banco de carpintería con sus correspondientes herramientas.—¡Y nada más!—¡Y aquello era... aquello había sido toda una vida!

Hé aquí ahora las noticias que me dió el sacristan acerca de los cartujos, refiriéndose sin duda á algun libro; pues su relacion fue tan rápida y acompasada que se conocía que hablaba de memoria.

—«Aquí no se sabe nunca nada de lo que pasa en el siglo. Los acontecimientos que mas ruido hacen en el mundo, son ignorados por los religiosos durante años y años, hasta que el prior cree conveniente revelarlos á la comunidad.—Los cartujos son á un mismo tiempo cenobitas y solitarios. Como cenobitas, van todos los dias á la iglesia á celebrar los Santos Misterios y cantar los Divinos Oficios. Los dias ordinarios se reúnen tres veces: una, á media noche, para cantar maitines; otra, por la mañana, durante la misa conventual y misas privadas; y otra, por la tarde, á la hora de visperas, que en los dias feriados van seguidas del oficio de difuntos. Los domingos y fiestas, comen reunidos en el refectorio, donde uno de ellos lee en alta voz, sin que sea permitido á los demás hablar una palabra. Una vez por semana dan juntos un paseo de tres horas, y los dias de fiesta gozan de algun recreo, en que están prohibidos los juegos, la música y todo lo que sea contrario á una vida de oracion y recogimiento.—Como solitarios, los cartujos pasan todo el tiempo restante metidos en su celda, en donde no pueden recibir á nadie sin licencia del prior, y de donde no salen sino para ir á la iglesia en las horas de oficios, ó al cuarto del superior cuando lo reclama algun asunto muy importante.—En cuanto al empleo que hacen de su soledad, consiste en rezar las *horas* que no se cantan en la iglesia, y un oficio particular á la Virgen; en estudiar la Sagrada Escritura, la Teología y los Santos Padres, y en hacer algun trabajo manual que sirva de distraccion al espíritu y de ejercicio al cuerpo.—Estos trabajos son generalmente obras de carpintería, ó el cultivo de su jardin.—Cada cual tiene en su celda un cuadro en que están marcados todos los deberes y ocupaciones que tiene que cumplir en cada hora del dia, segun las estaciones.—Acuéstanse temprano, y despues de cuatro horas de sueño, la campana les avisa que se levanten y recen en su celda los maitines del oficio de María, y tres cuartos de hora despues han de estar en la iglesia, donde se canta á media noche el oficio canonical. De vuelta en sus habitaciones, rezan aun hasta las tres de la mañana, que se acuestan para dormir otras dos ó tres horas.—Los cartujos ayunan ocho meses del año, y comen perpetuamente de vigilia. Durante el Adviento y la Cuaresma, así como todos los viernes y muchos dias señalados, se abstienen hasta de lacticinios. Por úl-

timo, les está prohibido el uso de ropa blanca, y duermen siempre vestidos, sobre un pobre jergon como el que acaba usted de ver.»

Esta relacion, lejos de espantarme, me ha causado envidia, y he lamentado mi flaqueza de alma, que me impide abrazar una vida semejante. Su rigor no me asusta... Ni aquello es rigor. Yo he llevado en Africa una existencia mucho mas dura, mas incómoda, menos sana, mas llena de privaciones y peligros, y sin embargo no recuerdo haber vivido nunca mas feliz, mas alegre, mas descuidado, mas satisfecho.—El desprecio de la materia, la reduccion de las necesidades, la vida natural, la certidumbre del porvenir, la contemplacion solitaria, el olvido de toda vanidad, el coloquio perpetuo del hombre con su alma y de su alma con el infinito, son goces muy superiores á todos los placeres que encierra la sociedad.

—¿Y la mujer?—me direis.

Es verdad.—Pero yo supongo que cuando os encerrais en una cartuja llevais ya en la mente un océano de recuerdos.—La mujer pasó ya por vuestra vida, escribiendo muchos adorados nombres en vuestro ardiente corazon.—Y lo mejor de una mujer es su nombre y su memoria.—Para el que amó ya, para el que vió morir, ó casarse, ó envejecer, ó convertirse en lodo viviente las prendas de su alma, el retiro es un desposorio con lo pasado; es la vuelta á los primeros amores; es un matrimonio á la turca con todas las mujeres de su vida; es un valle de Josaphat, en que vuelve á ver todo lo que perdió; es una resurreccion anticipada; es la fidelidad de la muerte.—¿Qué mejor casamiento?

—Pero ¿y los hijos?

Teneis razon.—La gloria, la honra, la magestad y la dicha de tener hijos deben comprarse al precio de la paz de la existencia, y hasta me atrevo á asegurar que se saldrá ganando.—¡Tener hijos debe de ser un cielo!—El que tiene hijos no envejece, no pierde el tiempo, no malversa la vida; no malgasta su alma.—Sus años van cayendo en una especie de caja de ahorros, que en cualquier momento puede presentarle reunido, efectivo, contante y sonante, todo el capital que antes se le convertía en sombras, en recuerdos, en olvidos ó en remordimientos. Y esta caja de ahorros son sus hijos.—«¿Qué he hecho yo de estos años? ¿Dónde está mi ayer? ¿Dónde está mi juventud?» se pregunta un padre; y vuelve la cabeza, y ve reunidos en el hijo de sus entrañas, en otro *él*, en *él* mismo, en su propia sustancia, en la vida de su vida, todos aquellos años, toda aquella historia, toda aquella juventud que echa de menos.—¡Ay del que muere sin dejar fruto ni semilla! ¡Ay del que no vincula sus esperanzas! ¡Ay de los solterones!

¡*Macbeht no tiene hijos!*—¡Consuélate, pobre padre, que has perdido el tuyo!—¡*Macbeht* tiene mujer... y una mujer estéril!!

Quedamos, pues, en que ser cartujo es preferible á ser casado, y en que ser casado y tener hijos es preferible á ser cartujo.—La suprema desgracia, por conguiente, sería hacer el sacrificio de casarse, y dar con una mujer infecunda.—Esta desgracia es mucho mayor que la de tener hijos y perderlos.—En este úl-

timo caso, yo creo que optaría por tenerlos y morirme.—Lo que nadie debe desear es no casarse y tenerlos... ¡Esto menos que nada!—Pero hasta ahora no se me ha ocurrido el colmo del horror...—¡El colmo del horror debe de ser el llegar á dudar de que nuestros hijos sean *nuestros!!!*—Vuelvo á creer que lo mejor es ser cartujo.

Con que vamos al grano, que el sol se acerca al cenit, los caballos se impacientan en el camino, y yo quiero llegar á Milan de día, segun me aconsejó el señor cura.

Poco me resta que contar.—Al volver á la iglesia, mostróme mi bondadoso guía una silla del coro, y me dijo:

—En esa silla se sentó muchas veces Francisco I, durante los dias que estuvo preso en esta Cartuja.

—¡Ah! ¡es verdad! respondí yo. Se me habia olvidado pedirle á usted noticias acerca de aquellos acontecimientos.

—Al pasar por el claustro grande, ha podido usted ver el balcón del aposento en que vivió el rey de Francia. No le he llevado á usted á él, porque no se puede entrar sin licencia del prior.

—Dígame usted. ¿Y cómo fue que los españoles trajeron su prisionero á la Cartuja, en vez de llevarlo á la fortaleza de Pavia?

—Porque lo pidió él mismo, tomando á mengua el entrar preso en una ciudad que no habia podido rendir en año y medio. Venia levemente herido; cubierto de sangre y rendido de cansancio; pero resignado y hasta afable. Al entrar en esta iglesia, rodeado de su córte, prisionera como él, los religiosos, que cantaban visperas en el coro, indiferentes á lo ocurrido á las puertas mismas del monasterio, entonaban precisamente el psalmo 118, que dice: *Bonum mihi quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas.*—(Es un bien para mí que me hayas humillado, para que aprenda á conocer tus juicios.)—Y es fama que el rey cayó de rodillas y unió su voz á la de los monjes, cantando en voz alta y con un fervor indecible aquellas palabras tan consoladoras y tan acordes con su situacion.

A la verdad, yo no sé qué es mas bello en esta escena: si la calma solemne con que los cartujos siguieron aquel dia los preceptos de su regla, sin prestar atención al estruendo de la batalla ni á la suerte de los imperios, ó la magnánima resignacion del rey vencido que interpreta tan piadosamente su desgracia, y escribe luego á su madre aquellas palabras célebres:—*Madame, tout est perdu, fors l'honneur.*

Mientras yo pensaba asi, el sacristan me ha sacado de la iglesia para conducirme á este punto del parque, donde me ha dejado solo, despues de decirme con la mayor finura:

—Le he traído á usted al lado de esta pobre casa, que se llama por mas señas *la Repentita*, porque aqui fue precisamente donde el rey Francisco se vió obligado á rendirse.—Allí tiene usted el coche.—Felicidad y buen viaje.

Y aqui me teneis hace dos horas procurando rehacer en mi imaginacion el

cuadro que presentaria este parque el viernes 24 de febrero de 1525.—Y veo luchar como en una justa, cuerpo á cuerpo y brazo á brazo, á tantos ilustres capitanes y valerosos principes vestidos de hierro, terciopelo y oro...—Veo al marqués de Pescara, caballero en su viejo y querido *Mantuano*, que perdió aqui la vida, sembrar el terror y la desolacion al frente de los arcabuceros de Castilla... Veo á otro puñado de españoles arremeter contra la numerosa artilleria francesa y apoderarse de los cañones, matar á los artilleros y desjarretar los caballos... Veo aparecer por la parte de Pavia las heróicas tropas que la guarnecen, capitaneadas por Leyva, que va moribundo en una silla de manos: la caballeria francesa, que se ve atacada por la espalda, huye y atropella á los suizos; estos se dispersan arrojando sus armas; y *perdida la vergüenza*, dice la historia, huyen tambien los franceses... Veo en fin, al rey de Francia, haciendo prodigios de valor. Sus mas ilustres capitanes, Tremoville, Bonivet y La Pallissade, han muerto ya á manos de nuestros arcabuceros. El lucha todavia, y vence y mata con su lanza irresistible á enemigos tan poderosos como el marqués de Santangel. Pero todo es ya inútil... Sus alemanes están deshechos... Su gente de armas riega la tierra con su sangre... Solo le queda el recurso de la fuga, si no prefiere morir.—Asi lo comprende el bravo monarca, y poniendo espuelas á su caballo, se dirige hácia el Tesino.

Al llegar á esta página de mi libro de memorias, no puedo resistir á la tentacion de ceder la palabra á un testigo presencial de aquellos hechos, al soldado *Juan de Oznayo*, paje de lanza del marqués del Vasto, y mas adelante fraile de Santo Domingo. La relacion de la batalla de Pavia, escrita por este soldado, se encontró en un códice de la Biblioteca del Escorial, y ha sido publicado en la coleccion de *Documentos inéditos para la Historia de España*. El mas elegante cronista no hubiera dado á sus descripciones el colorido, la frescura, la verdad, la vida que se encuentran en la tosca relacion de Oznayo.—Hé aqui como pinta la prision del rey:

«Iba casi solo, cuando un arcabucero le mató el caballo, é yéndose á caer con él, llegó un hombre darma de la compañía de don Ugo de Moncada, llamado Joanes, vizcaino, é viéndole tan señalado, va sobre él cuando el caballo caia, y poniéndole el estoque al costado, dijole que se rindiese. Y viéndose en peligro de muerte, dijo: «A vida, que yo soy el Rey.» Y el vizcaino lo entendió, é diciéndole otra vez que se rindiese, dijo: «Yo me rindo al emperador.» Como esto dijo, vió el vizcaino luego allí á Cuenca, alfez de su compañía, que le tenian cercado de franceses, y en peligro, porque le querian quitar el estandarte, y el vizcaino, como buen soldado, por honrar su bandera, sin tener acuerdo de pedir gage ó señal de rendido al Rey, le dijo: «Si vos sois el Rey de Francia, hacedme una merced,» y él le dijo que se la otorgaba: entonces el vizcaino alzó la vista del almete, y le mostró ser mellado, que le faltaban dos dientes de la parte de arriba, é le dijo: «En esto me conocereis;» é dejándole en tierra, é la una pierna debajo del caballo, fué á socorrer á su alfez, é hizolo tan bien que con su